

LA FUGA DEL CRISTO

I

Era temprano todavía. Apenas las nubecillas del atardecer amarillo acababan de decolorarse lentamente con delicadeza de agonía resignada. Las gentes caminaban distraídas por las callejas, un poco tortuosas y alumbradas por el retazo de la luna creciente, que salía por allá en un rinconcito del cielo con cuatro luceros. El viento de agosto revolvía el polvo y silbaba quejoso en los techos leñosos del pueblo, mientras los perros, sentados y apoyados adelante en las manos, ladraban en las puertas con una paciencia tormentosa. Era el más o menos diario atardecer del caserío, cuando se iba borrando en la pura sombra o se adivinaba en una semi-luz, color sepia, por alguna luz astral.

Y sucedió que el afán del viento que subía polvo a los techos y se escurría por los agujeros y las rendijas, movió de su ceniza un carboncillo encendido y lo puso al pie de la fábrica de velas. Primero fueron unas llamas que nacían igual que una planta roja del suelo, luego fue un enredarse de ellas a las maderas secas, y por último un incendio voraz.

El primero que anunció fue «Lusín.» Corrió a la plaza y con una voz fuerte y conmovida empezó: ¡Socorro, soco ... rro!....

Lusín era el loco del pueblo; lo era desde chiquillo. Desde entonces cargaba un guarniel de vaqueta, lleno de pedernales blancos y rojizos, que él llamaba sus «alhajas.» Aún tenía una más curiosa manía, y era la de labrar piedras donde las encontraba blandas; las llenaba de geroglíficos y «misterios» y las llamaba sus «artes.» Cuando las terminaba después de un día entero de labor, las enterraba secretamente en un cerro

o en un campo del vecindario del pueblo. Recorría a diario el caserío, haciendo mandados a cambio de comida que le bajaban de las casas de los más ricos hasta las escaleras, donde pacíficamente la partía con los «animalitos», perros y gallinas que se arrimaban.

Lusín aumentó sus voces: ¡Corran mis hijos que se nos quemó la fabriquita! ¡Soco... rro!

De improviso las campanas empezaron su alarma con una briosa locura. Su anuncio se iba volando por las callejas, y hasta por los caminos polvorientos, que se iban del poblacho por bajo muchos árboles de plátano cargados de cosecha y de fastidio estival.

Las gentes empezaron a correr.

Lusín gritaba: ¡A la fabriqui... ta!

Por todas partes salían gentes que parecían unas sombras que jugasen por el semi-oscuro laberinto del pueblo.

Cuando empezaron a desbaratar, a tumbar, a destruir, porque el fuego se vence destruyendo más que él, ya fue inútil; y además el verano había secado el agua de la plaza y alguna que corría por las caños de piedras. El fuego corría, envolvía los andamios de maderas y llegó hasta los techos en unos pocos minutos.

Lusín, desde la calle seguía gritando: se quemó esto, ¡ah candela mugre! ¡Se lo *jartó toítico!*

Y luégo se tenía el estómago y se reía con una risa estrepitosa de puro loco. Cuando acababa seguía gritando cualquier cosa: ¡Acabó la *so* mugre! ¡Ah, pero que no se pegó de nada!...

Las gentes tiraban tierra, tumbaban paredes y andaban encima con hachas.

•Unos bultos de parafina se derritieron y empezaron a correr por los caños convertidos como en una corriente de pesado mercurio.

El loco dijo: aquí no quedó ni «sebo»! .Y siguió riéndose con una fuerza de voz que sobresalía. En un momento cortó su risa y gritó casi horriblemente: ¡La iglesia se va a quemar!

En verdad, sobre el techo de la iglesia iba naciendo una llama como un globo.....

..... Todo el pueblo se confundía: los hombres y las mujeres; éstas lloraban y rezaban a grandes voces.

Cuando ya el fuego se apoderó del costado izquierdo del templo, abandonaron la tarea de apagar algunos y empezaron la de sacar cuanto hubiera. El cura sacó el santo depósito del sagrario, y... así, fueron sacando.

De cuantos ayudaron a desocupar la iglesia, quienes hicieron más vivos esfuerzos, fueron unas pobres mujercitas vendidas al vicio en un barrio sucio y más lleno de rastrojo que de pueblo.

Al fin apagaron sin que los daños llegasen a ser insalvables, pero en la iglesia no quedó ni una cosa. Cada uno había sacado su carga y llevádola a un sitio seguro.

Cuando el viento silbaba en las ruinas burlando el afán de los hombres, una pecadora, que se llamaba «La Cucucha», se cargó «El Cristo de la Agonía.»

Metido en su nicho, «El Cristo de la Agonía» parecía condenado a la amenaza; con sus manos prendidas y sus pies, y unos ojos medio muertos, vidriosos y cárdenos.

La mujer había sentido un como súbito deseo ardiente de probarle a Dios que ella lo amaba; era un como inesperado arrepentimiento de su pecado maldito y, entonces, entró a la iglesia con la promesa de una fuerza gigante.

Después subió con su carga por las callejas tortuosas, alumbradas de luna y luz de llamas, hasta su

cuártucho pobre, insano y apartado del centro del lugarejo.

II

Después nadie supo.

Como el puesto del Cristo se volvió cenizas, creyeron que él también se había tornado menudos carboncillos.

Y ese era el mayor luto para el caserío que en secreto le decía sus necesidades.

III

El Cristo, que tenía una historia legendaria, y que según tradiciones había sanado muchas llagas de alma y puesto milagros sobre viejas flaquezas del cuerpo, pareció que iba derramando la riqueza de su misericordia, por el estrecho recinto donde florecía la fecunda cosecha del pecado.

El alma de Cucucha se fue despertando avergonzada, y conmovida, y tímidamente.

Puso el Cristo en un extremo del cuarto, junto a una Virgen de retablo descolorida, lo puso sobre un pañito blanco de género, y sintió un deseo de decirle su vergüenza de recibirle tan pobremente, y más pobremente de alma; que, si no era su interior deseo de amor santo, recién nacido, otra gracia no tenía. Pero el Señor sabía su interior, lo sabía todo... y, se calló su vergüenza....

Como podía recibirlo lo hizo: al pie de la imagen, sobre una mesita manchada, pero cubierta con una tela pobre, encendióle una débil luz de petróleo.

Y pareció que luego la gracia del Cristo no cabía, porque a Cucucha empezó a oprimírsele el corazón. A ella le fue pareciendo que el Cristo se divinizaba más aún porque se sentía mortalmente confundida; conoció que en su memoria se despertaban viejos remordimien-

tos, y en la cara le quemaban unos como rastros de besos malditos; se le fue apretando la garganta; después no pudo resistir la cara del Cristo, contraída y dolorosa y se fue cayendo sobre las rodillas; se le contrajeron con movimientos reflejos los músculos de la cara, y empezó a caer de sus ojos un llorar mudo.

Ella se sentía como rechazada, como repudiada, teniendo encima como una fuerza invisible que la empujaba lejos de allí....

Todo ayudó a confundirla: el silencio interior; la luz que copiaba sobre la pared amarilla la figura descarnada del Cristo; el viento que empujaba la *casuchita* y se quejaba en los agujeros.

Empero, Cucucha se sintió capaz de pedir perdón. Era un deseo de desnudarse el alma y ponerla como un lienzo sucio bajo las plantas ensangrentadas del Cristo donde se lavase.

—Señor mío Jesucristo, ya que estás aquí, cúrame.... Tú sabes, Señor.... Tú sabes. No me desprecies por mala, porque.... Tú eres misericordioso.... ¿quieres curarme, quieres aliviarme, Señor mío Jesucristo? ¡ Señor mío....!

Y Cucucha, casi tímidamente, ya un poco reposada, porque en ese momento sintió que le entraba un alivio supremo, quizás perdonada, puso las manos sobre los pies heridos del Cristo.....

.....Y, Angelino, el viejo amor malvado, golpeó tres veces la puerta con una delicadeza de demonio.

—Cucucha.

La mujer se asustó hasta lo sumo. El corazón le anduvo bruscamente como una péndola de reloj; lo sentía del uno al otro extremo del pecho, y no pudo decir una palabra. El Cristo miraba a un punto incógnito del antro maldito. La mujer le miró confundida como esperando un milagro.

—Abrame, Cucucha.

Despegó los labios y contestó como sin sentido, pero muy firmemente:

- No puedo.
 — Que qué?
 —Que no puedo.
 —Abrame.... o....
 —No puedo.
 —Tumbo esta puerta, ábrame so ...!
 —¡No puedo!
 —¡Ah, perral ya sé, ahí tienes uno!
 —....¡Sí, uno!....
 —¿No abres?
 —¡No puedo!.... ¡No!

Y Angelino, antes de volverse por la calleja sola y alumbrada por el retazo de la luna creciente, pronunció por la cerradura de la puerta, esta amenaza de futura venganza:

—¡Veremos, so maldita!

IV

Un día vino Lusín, el loco del pueblo, con el Cristo sobre el hombro.

—Vea, señor cura, vea, aquí está el Cristico, no se quemó nada.

—Dónde estaba?

—Por allá en esos rastrojos, y señaló el barrio que era más rastrojo que pueblo.

V

El anciano párroco anunció al pueblo con una alegría de lágrimas:

—Ha llegado de nuevo el Señor.... no se había quemado. Como es todo misericordia se fugó de aquí en busca de una oveja perdida, y la ha encontrado y la ha traído....